

sias, de los lugares piadosos y de las cofradías, y excediéndose estos de su encargo, hicieron muchos descontentos; de modo que algunos príncipes, entre ellos Felipe II, los rechazaron. Acrecentóse sin embargo el rigor de la Inquisición, favoreciendo por medio de privilegios é indulgencias la formación de hermandades de hombres y mujeres que le sirviesen de criados; y no solo intervenía en la depravación herética, sino también en las prácticas religiosas; olfateando las cocinas los días de vigilia y sutilizando sobre cualquier palabra que se escapaba á los profesores en las universidades. Los derechos del trono quedaban lastimados con tales procedimientos, y los príncipes que habían declamado contra los abusos, no podían conformarse con los remedios. En Venecia reunió un jesuita á los gondoleros para instruirles en las verdades cristianas; pero el gobierno reflexiona que los gondoleros trabajan con toda clase de personas, y que pueden llegar á ser por tanto un instrumento de espionaje, y prohíbe aquella reunión desterrando al jesuita. Otro predicaba contra el carnaval, diciendo que mejor sería emplear aquel dinero en ayudar al papa en la guerra contra los Turcos que amenazaban á la república, y el gobierno da orden de expulsarle.

Pio V, de quien Bacon (*De bello*) decía: « Me » admiro de que la Iglesia Romana no haya in- » cluido entre los Santos á este gran hombre, » prohibió á los médicos visitar tres veces á un enfermo sin que se hubiese confesado, mandando que el que no guardase la fiesta del domingo, estuviese un día entero de pié delante de la puerta de la iglesia con las manos atadas á la espalda; si reincidía debía ser azotado por la ciudad, y á las tres veces cortársele la lengua y condenarle á galeras.

La corte y la ciudad de Roma tomaron un aspecto eclesiástico y un espíritu de regularidad tal que el cardenal Tosco no fué elegido papa, porque al hablar se le escapaban algunas locuciones lombardas. Se mandó con todo rigor á los obispos y beneficiados que residiesen en sus respectivos puestos; cesó el abuso de conferir abadías, colegiadas y obispados á los seglares y aun á los militares, que decían *mi iglesia, mis frailes*, como hubieran podido decir *mis criados, mis caballos*. El nepotismo quedó desacreditado, y aunque en el siglo siguiente tomó nuevo vigor, cambió de naturaleza, acostumbrando los papas tener á un lado un sobrino cardenal y otro lego, que adquirían grados y riquezas, pero no dominio.

Dieron esplendor á la púrpura y á la mitra muchos grandes hombres; Santo Tomas de Villanueva, arzobispo de Valencia; Rusticucci, hombre recto y perspicaz; Carlos Borromeo, verdadero regenerador del gobierno eclesiástico y de la dirección de las almas; su primo Federico, que también le imitó; Salviati, de quien tienen aun gratos recuerdos los Boloñeses; Santorio, hombre severo y digno de ser cabeza

de la Inquisición, y Gaspar Contarini, que refutó á su maestro Pomponazio sobre la inmortalidad del alma, escribió comentarios y polémicas y dos libros de los deberes del obispo, en estilo ménos áspero que lo que acostumbraban los demas teólogos. Tolomeo Gallio de Como abrió en su patria inmensos tesoros de beneficencia, entre los cuales se cuenta un colegio donde los niños de la diócesis debían aprender, no solo gramática y retórica, sino también las artes y oficios; y además unas escuelas técnicas como esas de que se enorgullece nuestro siglo. Madruzzi, cardenal de Trento, llamado el Catón del sacro colegio, se dedicó á dirigir la política austriaca; y son también ilustres D'Ossat, Du Perron, Tolet y los cardenales de Sourdis y de La Rochefoucault, llamados los Borromeos de Francia. Fabio Chigi, enviado pontificio para la paz de Vestfalia y luego papa, tenía siempre un ataúd debajo de su lecho y una calavera sobre su mesa, no alimentándose mas que de raíces. Sirleto, filósofo que vistió la púrpura, y era una biblioteca ambulante, no se desdía de reunir á su alrededor á los niños que iban á la plaza Navona con haces de leña, para enseñarles la doctrina. En Agustín Valieri no se sabía qué admirar mas, si su extraordinaria erudición ó su pura conciencia. César Baronio se pasaba el día escribiendo la historia eclesiástica y comía con los esclavos (1). Entre los auditores de la Rota se cuenta á Mantica, cuyas obras sirvieron de texto en las escuelas y tribunales, y á Arigone, que siendo ménos aficionado á los libros que á los negocios, conservó pura su conciencia. Ocasiones tendremos de hacer mención de los nuncios enviados á conjurar las tempestades de aquel tiempo, habiéndolo hecho ya del cardenal Belarmino, tan virtuoso como gran controversista. Á su altura se hallan el doctísimo Clavio y Juan Pedro Maffei, que escribió vigorosas historias latinas. Mureto fué excelente latino y explicó las Pandectas de un modo ingenioso y original. Las respuestas del Español Azpileueta eran oráculos en la ciencia canónica, y Gregorio XIII se entretenía con él horas enteras; y sin embargo, no desdía los mas humildes cargos del hospital. Estos eran los hombres de que se rodeaban los pontífices, en vez de los poetas y de los soldados del siglo anterior.

Léjos de entibiarse su entusiasmo en proteger las ciencias, tomó mejor dirección. En medio del abatimiento de los estudios religiosos, enardecidos los Jesuitas con el espíritu del Catolicismo reformado, pudieron hacerse dueños de la enseñanza, y poblaron de colegios primero á

(1) El cardenal Baronio tenía también el sentimiento del arte y del respeto que se le debe. Así es que puso en su iglesia titular de los Santos Nereo y Aquileo, que conserva la forma de las antiguas, esta inscripción:

PRESBYTER, CAR. SUCCESSOR QUISQUIS FUERIS — ROGO TE PER GLORIAM DEI ET — PER MERITA HORUM MARTYRUM — NIHIL DEMITO NIHIL MINUITO, NIHIL MUTATO — RESTITUTAM ANTIQUITATEM PIE SERVATO — SIC TE DEUS MARTYRUM SCORUM PRECIBUS — SEMPER ADJUVET.

Viena y luego á Colonia é Ingolstadt, desde donde los difundieron al Austria, á orillas del Rin y del Main y á Munich, *Roma alemana*; proponiéndose que las universidades católicas pudiesen competir con las protestantes. Ya no eran aquellos libres pensadores, descubridores de nuevas verdades, sino unos hombres activos, afables, ajenos á los intereses personales y que se ayudaban mutuamente. En aquella invasión de nuevo género de la Europa romana en la alemana, los teólogos alemanes que sostenían grandes contiendas unos contra otros, y que en sus creencias no se hallaban conformes, sucumbieron ante espíritus ménos elevados pero unidos, y que presentaban una doctrina pura hasta en sus puntos extremos y que no daba ningún motivo de duda. En aquel tiempo los Jesuitas instituían escuelas para los pobres, ejercían la predicación y conseguían con ellas efectos admirables, como el de producir el entusiasmo de la devoción (1).

Se obligó á los obispos á tener seminarios en todas las diócesis. Gregorio XIII fundó y dotó veintitres colegios; uno para cien jóvenes alemanes y húngaros, otro para ingleses, otro para griegos y otro para maronitas; reconstruyó el colegio romano, fundó el de los neófitos, estableció otro en Fulda, otro en Dilinga, otro en Colosvar de Transilvania, otro en Gratz de Estiria, y también en Olmutz, en Praga, en Viena, en Augsburgo, en Pontamousson, en Douai, en Braunsberg de Prusia, el colegio ilirico de Loreto, tres seminarios en el Japon; y destinó además dos millones de escudos para mantener á estudiantes pobres y un millón para dotar doncellas (2). Influyó con Fernando de Médicis para que pudiese una imprenta oriental, y este envió á Etiopía, á Alejandría y á Antioquía hombres eruditos, entre ellos á Juan Bautista y Jerónimo Vecchietti de Florencia, para que trajesen códices, é hizo fundir caracteres con los cuales se imprimieron en Roma obras en mas de cincuenta lenguas orientales.

En la congregación *De propaganda fide*, obra de Gregorio XV y de su sobrino Luis Lodovisi, se ocupaban en difundir la religión y dirigir á los misioneros trece cardenales, tres prelados y un secretario; y habiéndose aumentado posteriormente, fué portentosa la actividad con que desde aquel centro iban los misioneros desde los Andes á los Alpes, desde el Tibet á la Escandinavia, desde la Irlanda á la China, afanándose por convertir á los mahometanos, buddistas, nestorianos, idólatras y protestantes. Se renovaban los prodigios del apostolado con el heroísmo mas ardiente y los milagros mas portentosos, especialmente en las misiones de las dos Indias,

(1) El concilio de Burdeos de 1583 decía: « De scholis, in » premio recte quodam hujus seculi sapienter mandatum est, » nihil esse de quo concilium divinius iniri possit, quam de » recta puerorum institutione; juvenus enim est spes ac so- » holes reipublice; quae si, dum adhuc tenera diligenter exco- » latur, maximis et merè suavitate fructus feret; contra vero » si negligenter, aut nullis aut amarissimos. »

(2) TIRABOSCHI, tom. VII, lib. I, c. 3.

según hemos dicho al hablar del celo de los predicadores, del furor de las persecuciones y de la portentosa difusión de los frutos de la caridad y del valor. En medio de las pérdidas de Europa se consolaban los papas al recibir embajadores de la Abisinia, del Japon, de Persia, de los antiguos reinos de Oriente y de los nuevos de América, donde se establecían obispados y conventos, escuelas y hospitales. Urbano VIII fundó el seminario apostólico, plantel de misioneros y asilo de los prelados, que rechazaba la Reforma; el cardenal Antonio Barberino creó doce plazas para Georgianos, Persas, nestorianos, jacobitas, melquitas y coptos, siete para Etiopes y seis para Indios ó Armenios.

Sixto V, que mas bien era un gran príncipe que un gran pontífice, publicó hasta setenta y dos bulas que rebosaban de celo por la pureza de la fe y de las costumbres; anatematizó los adulterios, las meretrices y la astrología judiciaria; dió acerca de la usura y de los contratos reglas que aun sirven de norma á los canonistas; estableció que el número de los cardenales fuese el de setenta y que no tuvieran la menor tacha.

Cuánto se había desarrollado entre el pueblo el sentimiento religioso, se ve claramente en la multitud de milagros, verdaderos ó falsos, que entónces se publicaron y las frecuentes apariciones de los Santos: la Virgen habla en San Silvestre, se aparece á los Monti en Roma, en Narni, en Todí y en San Severino; suda la efigie de Subiaco; perdiendo en el juego un soldado de Luca en 1588, blasfema de una Virgen y le arroja los dados, pero en el acto se le romptó el brazo; entónces llovieron presentes de todas partes, y se hicieron en medio año doscientas cincuenta procesiones, á las que concurrió un gentío inmenso, construyéndose con tales regalos Nuestra Señora de los Milagros: San Carlos da fe de la aparición de la Virgen en Caravaggio; en Treviglio una imágen de la Virgen que lloraba, evitó que los Franceses arrasaran el país; y no hay comarca de Italia en que no se haya verificado algun milagro en aquel tiempo ó despertado la memoria de otro antiguo.

Es preciso recurrir á los hagiógrafos para admirar las portentosas virtudes de Catalina, de los duques de Cardona, de sor Beatriz de Oñez, de Camilo de Lélis, de Pascual Bailon, de Diego y de Pedro de Alcántara, que reprodujeron en España las mortificaciones de la Tebáida; de Juan de la Cruz, que unido á Santa Teresa comentaba en versos y meditaciones el Cantar de los Cantares; al paso que Juan de Ávila hacía resonar las ciudades y las montañas de Andalucía con sus enérgicas predicaciones, y su hermano de orden, Luis de Granada, daba á los Dominicos una filosofía cristiana para dirigir el pensamiento y una colección de sermones para medir sus palabras, y Luis de Leon empleaba la poesía en cantar inspiraciones celestes.



tiales. En Polonia, Estanislao Kostka y en Italia Luis Gonzaga y Magdalena de Pazzi eran verdaderos portentos de perfeccion interior, de caridad y de contemplacion de las cosas eternas.

En 1569 formó un jesuita una congregacion, que bajo la invocacion de María asociaba á los jóvenes estudiantes; y tomó tal incremento en Nápoles, Roma, Génova y Perusa, que en 1584 existia en todas partes y Gregorio XII la enriquecía de indulgencias. Luego se hicieron comunes á todas las condiciones de la sociedad aquellas uniones de las almas, y todos, magistrados, artesanos, nobles y comerciantes invocaban á María con la misma fórmula. En Roma se instituyó la sociedad del Divino Amor, á la cual pertenecian Continari, Sadoletto (1), Ghiberti y Caraffa, que despues fueron cardenales, Cayetano Tiene y Sippomano. En Florencia, el cardenal Alejandro Médicis fundó la congregacion de San Francisco y de Santa Lucia de la doctrina cristiana, confiándola al cuidado de Hipólito Galantini, mercader de sedas, y todavia dura sostenida por la devocion de los trabajadores de la seda. Á instancias del fraile Alberto Leoni se estableció en la misma ciudad una casa piadosa de catecúmenos. En Milan formó un sacerdote llamado Castellini de Castello la compañía de la Reforma cristiana, que en suma era la del catecismo, y que mas tarde tomó el nombre de *Siervos de los niños de la caridad*.

Aunque por diversos caminos, cooperaban para que se verificase la reforma tanto la creacion de las nuevas órdenes regulares, como la reproduccion de las antiguas, cuyo objeto era realzar el principio religioso y rejuvenecer los monasterios, al paso que los Alemanes les abolian. Antes de esta época (1435), el Calabres San Francisco de Paula habia instituido los Mínimos, que en España se llamaron padres de la Victoria, porque los reyes atribuyeron á su intercesion los triunfos contra los Moros, y en Francia Buenos hombres, porque con este nombre se conocia á su fundador en la corte de Luis XI. Juan de Guadalupe habia establecido en España los Descalzos, que entre los Italianos se apellidaron Reformados, y Recoletos entre los Franceses: Pedro de Alcántara reformó tambien la regla de San Francisco. Este Santo se apareció á Mateo Baschi, fraile de Menores de Montefalcon, amonestándole que observase con mas rigor su regla, y viendo que el patriarca llevaba un hábito mas grosero, con una capucha de otra forma, sin escapulario ni zapatos, se presentó de aquella manera á Clemente VII, que le permitió usarse de aquellos nuevos rigores (1525), de donde nacieron los frailes Menores, conventuales de vida solitaria, barba y larga capucha. Hubieran debido existir solo en Italia; pero el

(1) Á Sadoletto se le censuraron algunas máximas semipelagianas en su Exposicion de la epístola de San Pablo á los Romanos, y fué prohibida; pero hizo una humilde retractacion ante Paulo III.

cardenal de Lorena llevó algunos á Francia despues del concilio de Trento; y levantada ya la prohibicion por el papa, fueron recibidos por Catalina de Médicis, y se extendieron rápidamente por todas partes. Eran para el vulgo lo que los Jesuitas para la culta sociedad, y hasta superficiales y chocarreros; pero para poder burlarse de ellos tanto por esto como por las pruebas de su noviciado y de sus minuciosas prácticas, es necesario olvidar que fueron los héroes durante las pestes de aquel siglo. La estrecha regla de los frailes de San Francisco, llamados posteriormente Descalzos, fué aprobada en 1532 en Italia, donde se extendió hasta veinticinco provincias, á doce en España y Portugal, y á diez en Francia. Vicente Massaro, natural de Paris, fundó la órden Tercera de San Francisco, diferente de la antigua, y llamada tambien de la *estrecha observancia* ó de San Antonio. Los Capuchinos y los Observantes consiguieron del concilio de Trento que se les exceptuase del decreto en que se facultaba á las demas órdenes, incluidas las Mendicantes, para que pudiesen poseer.

Pablo Justiniani habia reformado á los Camaldulenses con la nueva congregacion de Monte Corona, relegando á cada monje á una celda distinta entre desiertos y montañas, con el nombre de Ermitaños. Juan de la Barriere, que poseía la encomienda del monasterio de los *Fuldenses* cerca de Tolosa, hizo mas rigurosa la regla cisterciense con el silencio, abstinencias y continuos ayunos á pan y agua, y los *Fuldenses* se extendieron. Lerneel reformó los Premostratenses, y Pedro Fourrier, modelo de los curas de Lorena, reorganizó los Canónigos regulares de San Agustín.

De los monjes de San Benito salieron los de San Mauro, que fueron confirmados por Urbano VIII, y se obligaron á dedicarse á los estudios y á la enseñanza. Despues de dos años de noviciado, se preparaban á recibir las órdenes, estudiando cinco años las ciencias filosóficas y teológicas, y teniendo un año de *recoleccion*. Fundaron *pequeños seminarios* ó escuelas de niños, y se aumentaron tanto que en 1718 contaban en Francia ciento ochenta y seis monasterios y prioratos. Nicolas Hugo Menard les dirigió hácia las antigüedades eclesiásticas, y pusieron los cimientos de la historia erudita por medio de sus maravillosas ediciones y con el *Arte de comprobar las fechas*.

Las Capuchinas ó Clarisas reformadas, establecidas en 1538 por María Lorenza Longa, de Cataluña, se entregaban á rigurosas abstinencias, llevando en la cabeza una corona de espinas, y viviendo de limosnas, pero sin pedir las, sino era para los pobres.

Teresa de Jesus, de Ávila, entusiasmada de leer vidas de mártires, se escapó siendo niña con un hermano suyo para morir entre los infieles; pero habiendo sido conducida de nuevo á su casa, pasaba el tiempo en incansantes oraciones; luego entró en un convento de Carmeli-

tas (1), y las reformó (Carmelitas descalzas), haciendo mas estrecha la clausura, mandando que las visitas, aun de los parientes, fuesen lo mas de tarde en tarde posible, y procurando por medio del rigor excitar el alma á acercarse á la Divinidad. Vió que las privaciones y mortificaciones no eran suficientes, sino que era necesario el trabajo y las ocupaciones domésticas, sal del alma que impide entren en ella pensamientos estériles y vagos. El trabajo, sin embargo, no debia ser importante, ni de gran habilidad, ni de tiempo determinado, sino dirigido únicamente á ocupar el espíritu y á producir lo que ella llamaba la *súplica del amor*, por la cual el alma se olvida de sí misma para no oír mas que la voz del divino amante, « vive siempre como si estuviese en presencia del Señor, y no siente ningun dolor excepto el de no gozar de su presencia. » Su vida, escrita por ella misma, es una curiosa revelacion de una mujer enamorada de Dios y que embriagada con el torrente de eterna voluptuosidad, no sabe dar al demonio peor título que el de *el desdichado que nunca amó*. Hacer suya la voluntad de Dios, padecer y no morir, eran todas sus aspiraciones; escribía libros por obediencia, y por obediencia quemó los que habia escrito, porque creía poder engañarse sobre las revelaciones y visiones que tenia, pero no en obedecer á sus superiores. Sus obras ascéticas se hallan llenas de rasgos de entusiasmo piadoso, de fuerza de talento y de pasion, y valen mucho mas que aquellas en que escribe con frialdad y racionando: sus versos la colocan entre los clásicos de su nacion.

Ménos austero fué el Saboyano Francisco, descendiente de los condes de Sales, y despues obispo de Annecy y de Ginebra (1602), que se puso á predicar en el Chablais, donde habia levantado la cabeza el calvinismo por haberlo traspornado allí los Berneses, hizo maravillosas conversiones principiándolas con ayuda del amor y estimacion que inspiraba, y restableció el culto de sus padres. Tenia un alma tranquila y serena, y estaba acostumbrado á trabajar de continuo sin esfuerzo ni precipitacion. Del mismo modo que Carlos Borromeo se hallaba provisto de cualidades penetrantes, soberanas, de una autoridad conmovedora, y por decirlo así, de la vara de la penitencia para convertir y someter al espíritu interno los Cristianos que iban adquiriendo costumbres paganas, así Francisco habia sido dotado de dulzura, de atractivos, casi de rayos angélicos, para recoger á los hijos extraviados de la Iglesia (2). Fundó en

(1) Las Carmelitas tuvieron en el siglo XVII cuatrocientos cuarenta y cuatro conventos en Italia y ochenta y ocho en España.

(2) La comparacion entre los dos Santos me ha sido sugerida por el libro de Arnaldo *Sobre la frecuente comunión*, del cual copiaré algunos trozos: « Dios concedió grandes mercedes á San Carlos para que llevase á cabo su gran proyecto de reformar su diócesis y restablecer las penitencias, lo cual debia producirle graves contratiempos. Le dió autoridad por sus parientes y allegados en toda Italia, por sus amigos en la

union de Juana Francisca Fremiot, viuda de Chantal, la órden de la Visitacion, especialmente para aquellas que estuviesen excluidas de otras órdenes por su delicada constitucion: no debian poseer nada suyo, y todos los años tenian obligacion de cambiar de habitacion, de cama, de vestido, de rosarios, y de todas las demas cosas; por lo demas, las dispensó de recitar el oficio, y de las reglas demasiado penosas, procurando refrenar las exaltaciones interiores; pero deben, decia, « colocarse en presencia de Dios » sin estudiada afectacion y no desear gozar de « él mas de lo que él quiera; con frecuencia nos » tienta, y nos seduce el orgullo bajo la forma » del éxtasis, y no debe tratarse de seguir sino » el camino ordinario de las virtudes. »

Los libros de San Francisco, especialmente la *Filotea*, que respira un Cristianismo apacible, son de los mejores ascéticos que se han escrito; su lenguaje, aunque anticuado, incorrecto y con una exuberancia grande de imágenes, tiene un atractivo particular; respecto de su profundidad y lucidez de espíritu filosófico y cristiano, ignoro quién de los sumos escritores del gran siglo le aventaja. Acumula en ellos símiles vivos y naturales sacados de la naturaleza, cuyos símbolos y bellezas comprende mejor que muchos. Hace consistir todo el Cristianismo en el amor de Dios, y sostiene que el hombre tiene hácia él una inclinacion natural, y que el que hace todo lo que puede, hace bastante. Sin embargo, á sus virtudes místicas unia gran delicadeza en sus juicios y en sus relaciones prác-

corte de Roma, por su ilustre nacimiento entre los caballeros; entre los eclesiásticos y los príncipes, por su dignidad de cardenal, de sobrino del papa, de legado de la Santa Sede; por sus pingües riquezas con que hacia tantas limosnas entre los pobres, por su insigne piedad entre los buenos, por sus mortificaciones y maravillosas austeridades entre los pecadores. Por eso le dió un rostro venerable, lleno de majestad, una sabiduría y una prudencia capaz de gobernar á toda la Iglesia, segun lo habia hecho durante el pontificado de su tío; una magnanimidad de gran señor y de gran Santo para no temer las amenazas de los frailes desesperados, las calumnias de los eclesiásticos rebeldes, ni la frialdad del papa ni de los cardenales engañados y sorprendidos; una fuerza extraordinaria de voluntad para emprender grandes cosas; una constancia á toda prueba para llevarlas á cabo; una caridad ardiente y generosa para caminar sin temor entre la peste y los torrentes; un vigor de cuerpo incansable para visitar incesantemente su diócesis y soportar las maceraciones; una humildad de penitente público para confundir á la pública impenitencia... en una palabra, todas las cualidades necesarias á un obispo para poder reformar los desórdenes de una Iglesia y abolir el deplorable abuso de las confesiones imperfectas, de las absoluciones precipitadas, de las satisfacciones vanas y de las comuniones sacrílegas.

Porque Dios destinaba al obispo de Ginebra á la conversion de los herejes... le dió una dulzura incomparable, absolutamente necesaria para dulcificar la acritud de la herejía y vencer el espíritu tocando el corazón; un talento nada comun para destruir sus falsas opiniones; una ciencia, producto mas bien de la Gracia que del estudio, para hablar de los misterios de la fe; un exterior lleno de piedad y devocion en sus acciones, palabras y escritos; un rostro alegre, capaz de producir amor en los mas bárbaros; una pureza opuesta á sus desprecios: en fin, una ternura amorosa y pacífica, y sentimientos verdaderamente paternales para abrazar con movimientos de piedad á aquellos que mamaron la herejía con la leche, y cuyos padres fueron parricidas, para vencer poco á poco la obstinacion de su error y conseguir del Cielo el fruto alguna vez lento y tardío de las semillas divinas.

San Francisco de Sales. 1567-1622.

1522.

1517.

1618.

1610.

Santa Teresa. 1529-92.

1562.